

A la insolencia conservadora, las herencias ocultas

Carlos San Juan Victoria*

Sin abandonar su curiosidad infinita y su capacidad polígrafa, Carlos Monsiváis pareció transitar por dos grandes épocas en sus preocupaciones, no sólo culturales sino políticas. Una fue su crítica a la “unidad nacional”, ese estrangulamiento de la pluralidad y creatividad del país por la dominación priísta. La otra la inició desde los primeros intentos por reescribir la historia y rehacer las alianzas con los poderes culturales conservadores del país, la Iglesia y los medios, que promovió el salinismo en los noventa. De ahí su último gran combate, contra “la insolencia de la derecha, obstinada desde la década de 1990 en nulificar logros históricos y conquistas sociales de liberales y revolucionarios” (Monsiváis, 2008: 226).

Desde esos inicios no dudó en señalar que lo que estaba en juego era el espacio público republicano, y según pasaron los años y los sexenios su preocupación se acentuó. El paisaje cultural de nuestros días parece darle la razón: una cerrada ofensiva de la Iglesia en la moral pública; el ascenso del centro occidente, desde Guanajuato a Guadalajara, como árbitro oficial que regula a su gusto los derechos, las costumbres y las minifaldas; la creación cibernética de realidades televisivas que sepultan la autonomía del individuo, por mencionar lo más obvio y que sugiere un filo extraño de la transición “realmente existente”: un inquietante paso de la “unidad nacional” priísta a la “unidad conservadora global” que carcome a la República laica.

En la unidad nacional, el liberalismo histórico mexicano, ese que recorrió el periodo formador de la nación y la República en el siglo XIX, se intentó convertir en monopolio priísta, tal y como lo quiso don Jesús Reyes Heróles en su proyecto intelectual y político del liberalismo mexicano. Ahora, en esta renovada expansión de un Occidente anglosajón que intenta rehacer a su imagen a todo el mundo, intelectuales como Enrique Krauze y una cohorte numerosa podaron cuidadosamente a ese liberalismo histórico para dejarlo en su versión más *light*, a la medida del “nuevo hombre” que quiere el novísimo evangelio global: propietario, elector puntual, sólo consumidor y pagador de impuestos, por supuesto, bien portado y decente, y que no duda en aliarse, Bush *dixit*, con la cultura más conservadora. Qué diría *el Nigromante*.

Que deconstruir no es romper

De ahí que Monsiváis, uno de los grandes deconstructores de la unidad nacional, ya en sus décadas finales, haya intentado escoger herencias de eso que fue monopolio oficial, y a la

* Seminario de México Contemporáneo, DEH-INAH.



vez reinventar tradiciones para una izquierda confundida y poco interesada en el tema, a pesar de que su principal referente político, de nombre Andrés Manuel, sea un liberal consumado. Reinventar, por ejemplo, la tradición de las vanguardias decididas a crear un espacio público abierto para el ejercicio de los derechos cada vez más diversos, una madeja poderosa que atraviesa el siglo XIX y el XX. Ése fue su desafío al pensar y al quehacer de nuestros atribulados días y que paseó por varios espacios, entre otros el Taller del Libro realizado en la Dirección de Estudios Históricos (DEH). El más arriesgado etnólogo de nuestra vida cotidiana, que llevaba el pulso de los nuevos comportamientos en ese laboratorio de la modernidad que es la ciudad de México (Monsiváis, 2009), sacó su enorme bagaje de conocimientos históricos para, literalmente, ir en busca del pasado de éstos, nuestros desconocidos “contemporáneos”. Para una época radicalmente conservadora, el temple liberal en serio: “Formemos una Constitución que se funde en el privilegio de los menesterosos, de los ignorantes y de los débiles, para que de ese modo mejore nuestra raza y para que el poder público no sea otra cosa más que la beneficencia organizada”. Así se las gastaba Ignacio Ramírez, *el Nigromante*.

Tiempos rudos, tipos duros (y burlones)

Ahora que todo parece frágil y en riesgo, imaginemos un periodo donde el territorio se redujo a la mitad, se vivieron invasiones extranjeras, los gobiernos no sólo cambiaban por levantamientos sino que estaban en bancarrota crónica, había un conjunto de feudos territoriales apenas articulados por el comercio, se rompió la identidad colonial globalizada y se rehizo otro mundo neocolonial pero bajo la figura incierta de los Estados nacionales, y todo eso le ocurrió a nueve millones que empezaban muy poco a poco a llamarse mexicanos. Ésos sí que eran tiempos rudos. De la canonizada generación de 30 hombres de la Reforma liberal, a ojo de Luis González (12 militares y 18 letrados), eligió Monsiváis a un puñado que fusionó las letras y la política militante, de confrontación y riesgo, con altas dosis de humor fiero. En diversos momentos su saber enciclopédico fue dando forma a estos rescates que ya después de la alternancia hacia la derecha, en el año 2000, juntó en un libro ahora imprescindible: *Las herencias ocultas, de la revolución liberal del siglo XIX*. En estas notas hago referencia a tres de ellos, de los siete elegidos por el maestro Monsiváis: Juan Bautista Morales, *el Gallo Pitagórico*,



Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez.¹ No sólo porque en ellos parece fundirse de manera excepcional la literatura y el proyecto político militante. Sobre todo porque con ellos se ilumina un itinerario ejemplar: cómo se rompió con la República católica dominante y surgió la divina trinidad de la nueva *polis*: la República, la patria y el ciudadano, las piezas maestras para un modo de vivir juntos y que aún nos persigue como frustración y como ideal.

Fue una generación nacida en el atardecer de la Colonia, que aún conoció la formación letrada de la *Res Pública Christiana* pero fue contagiada por los nuevos y poderosos vientos de la Ilustración francesa, que adoró a Victor Hugo, maestro literario y voz pública nacional, que irrumpió en la vida pública y en la prensa escrita en los años cuarenta y que se encontraron todos en el año clave, 1857, en un espacio clave, el Congreso Nacional. Conocieron los estragos de la invasión estadounidense y participaron, Prieto y Ramírez, en la Batalla de Padierna, estuvieron en la línea de guerra en la Intervención francesa y de diversos modos participaron en la guerra civil desatada por el clero y los conservadores. Prieto y Ramírez fueron ministros del Ejecutivo y, como tales, expropiaron y vendieron la propiedad intocable de la época, la de la Iglesia. Con ellos se unificó de modo ejemplar lo que en otros momentos apareció como un dilema: ejercieron las armas de la crítica y la crítica de las armas a la vez.

¹ Benito Juárez, Manuel Payno, Vicente Riva Palacio e Ignacio Manuel Altamirano, más los aludidos.

Monsiváis no idealiza: reconoce que fueron sin duda la vanguardia cultural y política de su momento, confrontada con los poderes de la época y con sociedades regidas por otro pulso temporal. Y a la vez advierte diversas tensiones que las habitaron. Fueron parte de una política intensa pero oligárquica, con un ánimo de representación asombroso para los cuatro y luego dos millones de kilómetros cuadrados del territorio, lleno de culturas diversas, y que se paseaba a la moda francesa por la Plaza Mayor, Plateros e incluso Bucareli, si se trataba de caminar mucho. En su cultura letrada cohabitaban las poderosas inercias de la cultura católica y los afanes misioneros con el novísimo ánimo de crear un Estado laico y un hombre nuevo secular. De una honradez intachable, nacieron y murieron pobres, aunque en el caso de Prieto y de Ramírez pasaron por sus manos los recursos de las expropiaciones, pero se desinteresaron del destino final de esos bienes públicos, que entonces como ahora fueron acaparados por unos cuantos. Aunque dos de ellos, Ramírez y Altamirano, y el más grande y polémico, Juárez, fueron indígenas, también compartieron una intensa “colonización de su imaginario”, expresada en la recepción acrítica de los arquetipos coloniales de lo indígena y de las mayorías sociales. Con ese material real se hizo el asalto al cielo.

La herencia a recuperar

Para Monsiváis, esta vanguardia es nuestra contemporánea porque con sus palabras y actos crearon “el espacio crítico y de tolerancia de donde viene una parte fundamental del desarrollo civilizatorio del que disponemos” (Monsiváis, 2008: 74). Con ello se refiere a esas tres piezas de una nueva *polis*: República, patria y ciudadano. República: las atmósferas éticas para la vida política y las reglas del juego institucionales de una República laica. Patria: el repertorio emocional que identifique (héroes, grandes momentos, rasgos propios) a esa heterogeneidad cultural y que permita nombrar a la comunidad imaginaria que empieza a levantarse, México. Y el ciudadano, concebido como la plena autonomía del individuo en ejercicio de derechos. Reto formidable: pasar de una sólida y antigua identidad monárquica global a la naciente, frágil y borrosa identidad nacional, en un nuevo modo de vivir juntos, en una nueva *polis*. Casi nada.

En sus inicios, lo que llamamos México parecía estar destinada a ser una República católica, y en reacción a los inicios secularizadores del siglo XVIII Borbón en América, refundar la fusión del poder civil, el religioso y los grandes cuerpos oligárquicos, sin considerar por tanto la figura del

ciudadano y bajo el monopolio cultural de la Iglesia católica. Ese ánimo de fusión del poder y la Iglesia no sólo era de los poderosos, sino de las insurrecciones plebeyas comandadas por los grandes curas revolucionarios. Por eso, desde la perspectiva del tiempo, resalta la figura olvidada de Juan Bautista Morales, *el Gallo Pitagórico*, un católico convencido que se acercó desde su diferencia al liberalismo jacobino. Nacido en 1788, de cuna pobre y educado por los franciscanos, estudió la otra gran vertiente de la cultura letrada colonial, no la literaria, sino la de los abogados.

Juan Bautista creyó en que la nación era una comunidad unida por la religión, pero no creyó en los fueros de la Iglesia. Aceptaba la necesidad de una República católica pero profundamente federalista. Era un convencido de la fusión entre la ética y la política y tronaba en la tribuna y en la palabra escrita contra la marea de corrupción y arribismo que empezó a pudrir a la joven República. Las circunstancias nacionales que empezaron a polarizarse en torno al centralismo y federalismo, entre otros temas torales, fue acercando a este católico y a los liberales radicales más jóvenes que él. Así, este abogado nacido en *Res Pública Christiana* terminó apoyando de manera plena la Ley Juárez, el gran golpe contra el fuero eclesiástico. Con *el Gallo Pitagórico* se encumbró en la naciente opinión pública escrita la figura del moralista implacable y del crítico burlón de los desfiguros políticos, pero

también las estampas costumbristas que le imprimían rostro, gesto y actitud a esa entidad borrosa llamada mexicano.

Pero esa convivencia entre el letrado católico y el ilustrado secular mostraría sus zonas más quebradizas con la indómita figura de Ignacio Ramírez, *el Nigromante*, un joven que al ingresar a la Academia de Letrán leyó su primer discurso: "No hay Dios".

"Se levantó un clamor rabioso que se disolvió en altercados y disputas", recordó Prieto, presente en esa sesión, e Hilarión Frías: "México sintió el calosfrío del presentimiento, porque en aquel blasfemo principio se traslucía una revolución social" (Monsiváis, 2008: 204-205). *El Nigromante*, como frío cirujano, ayudó con su palabra y su obrar a crear tres grandes escisiones en el cuerpo aún vivo de la República católica, para que de ahí surgiera la República secular: el ejercicio de las libertades civiles para que los individuos rechacen las servidumbres, la lucha contra los privilegios y fueros y las corporaciones que los detentan, y una ruptura total en el ámbito público con el lenguaje y los símbolos religiosos. De ahí la raíz más radical de nuestra tradición liberal y republicana: la autonomía del alma requiere de un espacio público abierto al ejercicio de sus derechos. Pero *el Nigromante* va más lejos. Se asoma a lo popular como muy pocos en el siglo XIX: reconoce la dignidad y el valor del trabajo físico, advierte y rechaza los negocios con las tierras de las



comunidades indígenas, y propone una ciudadanía “de primera” para los más segregados. La República secular también puede ser popular. “¡Sabios economistas de la Comisión! En vano proclamaréis la soberanía del pueblo, mientras privéis a cada jornalero de todo el fruto de su trabajo y lo obligáis a comerse su capital, y le pongáis en cambio una ridícula corona sobre la frente” (Monsiváis, 2008: 231).

Pero es con Guillermo Prieto como la “comunidad imaginaria” liberal se teñiría de manera más intensa con (algunos) de los colores de su gente. Desprendidas de esa vieja y ramificada identidad monárquica que la alimentó por siglos, ahora se trataba de que todas las antiguas solidaridades (gremiales, provinciales, de las familias y pueblos, de la sociedad inédita en su diversidad y riqueza) se viesen reflejadas de algún modo, según la mentalidad oligárquica del momento y su espanto hacia lo popular, en la naciente patria. Y para esa empresa que vestiría lo ajeno (la patria) con algunas prendas de lo más cercano (las matris), nadie como Guillermo Prieto.

Dice de él Monsiváis que fue “el más atento y el más reorgañado”. Con una vida que supera a la más exaltada novela (infante desprotegido, talento precoz, joven protegido por altas esferas públicas, literato polígrafo, guerrero que llora de emoción y 20 veces diputado, ministro que también vende bienes eclesiásticos, el poeta más querido de su tiempo), don Guillermo ayudó a hacer creíble la nueva abstracción nacional al menos en tres direcciones sustantivas. Que en México la patria fuese ese espacio de estampas costumbristas, de gestos y actitudes (¡los valientes no asesinan!), de crónicas

de batallas y destierros, de derrotas y de humor principalmente involuntario. Por ejemplo, ser ministro de Hacienda y enterarse de que los soldados de Chihuahua empeñaron sus armas por falta de pago. Que lo mexicano, otra vez, dentro de un cerco de notables, fuese ese muestrario de las costumbres expuestas en “café, tertulias, centros conspirativos, bodorrios, cantamisas y campos de batalla”. Un catálogo existencial, cercano y familiar, de las actitudes ante la vida y la muerte, la fiesta y la guerra. Y que había una historia digerible y a la mano (capturada por él en sus *Lecciones de historia patria*) y que para espanto de los historiadores conservadores recuperaba varios mitos populares: la Conquista y la Colonia fueron dominación sobre grandes civilizaciones previas, la Independencia fue liberarse de ese yugo y el siglo XIX creó su panteón liberal de forjadores de la patria entre el polvo y el dolor de las guerras.

La fuerza y los límites de los letrados

Los letrados como fuerza cultural fueron un patrimonio colonial heredado a los siglos posteriores. Un flujo de ocho mil libros vino desde Europa hacia América entre 1558 y finales del siglo XVII (Gruzinski, 2010),² primero en una sola dirección, para colonizar el imaginario y gobernar desde el primer imperio global a estas tierras. También fue un patrimonio colonial el papel activo de las ciudades, el medio ambiente propicio al ejercicio de las letras, según lo planteó Ángel Rama (2009), para consolidar hacia adentro ese colonialismo, y la subordinación-menosprecio hacia lo “rural” y las provincias. De igual modo la bonita metáfora de la marcha de la civilización (el eurocentrismo mirándose en el espejo) y la barbarie (el resto del mundo) acompañó el trabajo de los misioneros y sus éxitos y limitaciones para conocer-destruir a las diversas culturas originarias de estas tierras. El conocimiento criollo sobre los nuevos territorios también se engarzó en modos de dominio para garantizar cotos de poder dentro del mosaico de jurisdicciones y poderes de la monarquía (Higgins, 2000). Con ello sugiero que los letrados del siglo XIX (y los del XX y hasta la fecha) se montaron muchas veces sin saberlo en esa formidable y múltiple inercia colonizadora creada en centurias para realizar sus esfuerzos liberadores (Del Valle, 2009). Los creadores de la autonomía nacional eran, a su vez, lastimosamente depen-

² Dos puntualizaciones. El número de libros, nos dice Gruzinski, habrá que duplicarlo. Por otro lado, su argumento es muy fino: hubo un flujo eurocéntrico que desata una movilización de saberes, cosas y hombres. Se crea una modernidad no sólo europea, sino mestiza, alimentada por otros muchos flujos desde las periferias al centro.





dientes del nuevo orden global y sus prestigios, y la figura de la República aparecía restringida a las poblaciones que reflejaban en algo el fulgor europeo. De ahí que la fuerza letrada repitiera en sus afanes evangélicos, religiosos o laicos, liberales o izquierdistas, esa consigna guerrera y de exterminio de la diversidad que fue y es la “civilización o barbarie”.

Que el futuro también es una tradición

En una de sus últimas obras, *Imágenes de la tradición viva*, Monsiváis (2006) insiste en la importancia de mirar al pasado como un repertorio abierto de tejidos heredados que, sin embargo, no nos depriman con pesos muertos sino con potencias abiertas a la creatividad. Tradición y herencia en Monsiváis aluden a esa potencia del pasado que vive cuando uno lo elige para su memoria, su presente y su pugna por el futuro. Vanguardia no es la que rompe con el pasado sino la que sabe elegirlo. Y ello cobra importancia en nuestro presente porque nuestras repúblicas, desde 1857 hasta la fecha, tienen como tejido central a las continuas transformaciones del liberalismo. Cuando Monsiváis recupera las herencias ocultas de los reformistas liberales del 57, no hace un acto de nostalgia sino una apuesta estratégica que

aún no se acaba de digerir: las luchas por la República no se harán afuera o desplazando al liberalismo como fuerza ideológica cohesionadora de esa divina trinidad laica: nación, República y ciudadano. Será, como es, un combate en su seno, por un sentido más pertinente para los mexicanos de hoy, preparando las viejas raíces y las nuevas asociaciones ideológicas que nos regresen “hacia el futuro” esas tradiciones radicales y populares, capaces de abrazar con sentido de justicia e igualdad a todos los mexicanos.

Bibliografía

- Gruzinski, Serge, *Las cuatro partes del mundo, historia de la mundialización*, México, FCE, 2010.
- Higgins, Anthony, *Constructing the Criollo Archive. Subjects of Knowledge in the Bibliotheca Mexicana and the Rusticatio Mexicana*, Indiana, Purdue University Press, 2000.
- Monsiváis, Carlos, *Apocalipstick*, México, Debate, 2009.
- _____, *Las herencias ocultas*, México, Random House Mondadori, 2008.
- _____, *Imágenes de la tradición viva*, México, FCE/UNAM, 2006.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, México, Fineo, 2009.
- Valle, Ivonne del, *Escribiendo desde los márgenes, colonialismo y jesuitas desde el siglo XVIII*, México, Siglo XXI, 2009.